

antiguos americanos; sus instrumentos consistieron principalmente en el *teponaztli*, ó bronco tambor de madera ahuecado; el *huehueltl*, ó alto timbal con parche de piel, el *hapauhuimztl*, ó tambor bajo, obteniendo la nota aguda por medio de pitos, ocarinas y sonajas (1).

El comienzo de las fiestas para la inauguración de un *teocalli*, ó templo, era anunciado al amanecer por el ruido de todos los instrumentos; el *tecziztli*, gran caracol, ó bocina de hueso blanco, de pavoroso sonido; el *tlapanhuehueltl* ó gran timbal; los *ayacachtli* ó sonajas; los turgones *ayotl* y los *chichahuazlit* ó cuernos de venado violentamente raspados, formaban un ruido infernal, anunciando que en aquel templo iban á comenzar los sacrificios.

En los casos de guerra el gran *huehueltl* del principal *teocalli* daba el toque de arrebato, que conmovía al oírlo á todos los habitantes de la ciudad, y ya en campaña servíanse para las señales del caracol marino, entre ellos usual, dando la de combate el *Tlacatecuchtl* con un timbrado tamborcito de oro que llevaba á las espaldas.

Las danzas entre los americanos fueron siempre el obligado complemento de sus solemnidades religiosas, por lo que entraba como constituyente de su educación el aprendizaje de éstos y otros bailes. A la escuela establecida en el Cuicayan acudían por *calpullis* los mozos y las mozas de la ciudad.

Larguísimo sería enumerar los distintos bailes con que celebraban sus fiestas los pueblos antiguos americanos; entre los aztecas el más solemne era el *mitote* en la plaza del gran templo, bailado por todas las clases sociales, transmitiéndonos Sahagun preciosas noticias sobre otros areitos, «que algunas veces por pasatiempo el señor cantaba y deprendía». En ellos dibújase ya la acción dramática, según lo que dice acerca de la casa de los cantores y los atavíos del areito, que por su exactitud y fiel pintura merece lo transcribamos; dice así: «Había otra sala que se llamaba *Micoacalli*; en este lugar se juntaban todos

(1) V. sobre cromática de estos instrumentos la nota de Mr. H. T. Cresson, inserta por Brinton en su *Ancien*, etc. pág. 26.

los cantores de México y Tlaltelolco, aguardando que les mandase el señor si quería bailar y probar ú oír algunos cantares de nuevo compuestos y tenían á la mano, aparejados todos los atavíos del areito, atambor y atamboril, con sus instrumentos para tañer el atambor y unas sonajas que se llaman *ayacachtli*, *tetzilacatl* y *omichicaoatztl*, y flautas con todos los maestros tañedores, cantores y bailadores, y los atavíos del areito para cualquier cantar. Si mandaba el señor que cantasen los cantares de *Vexotzincanitl* ó *Anaoacaiutl*, así los cantaban y bailaban con atavíos del areito *Vexotzinconitl* ó *Anaoacaiutl*; y si el señor mandaba á los maestros y cantores que cantasen y bailasen el cantar que se llama *cuextecaiutl*, tomaban los atavíos del areito conforme al cantar, y se componían sus cabelleras y máscaras pintadas, con narices agugereadas y cabellos bermejos, y traían la cabeza ancha y larga, como lo usan los *Cuestecas* y traían los mantos tegidos á manera de red, de modo que los cantores tenían muchas y diversas maneras de atavíos, de cualquier areitos para los cantores y bailes.» El cantar más generalizado que para estos casos debió existir, hubo de ser el que Alba Ixtlilxochril nos trae en su texto original y traducido, diciéndonos ser «el que casi en todos los más de los pueblos de esta Nueva España, en donde se usa hablar la lengua mexicana, lo cantan sus naturales en sus fiestas y convites, ser las tres cabezas de la Nueva España los Reyes de México, Tezcuco y Tlacopan, que significa conforme á su verdadero sentido:

»Dejaron memoria en el universo los que ilustraron el imperio de México y á quien Acolhuacan, los reyes Nezahualcoyotzin y Motecuhzo-matzin, y en Tlacopan Totoquihuatzin; de verdad que será empresa eternizar vuestra memoria (por lo bien que juzgasteis y registeis) en el trono y tribunal de Dios, criador de todas las cosas, etc.»

Con ellos se ve dibujarse entre los aztecas las representaciones dramáticas y aunque no haya llegado á nosotros ninguna obra de este género mejicana, como las veremos entre otros, no podemos dudar de su representación, pues en los patios de los templos y en el sitio más principal de

la ciudad, existían lugares apropiados para las farsas y vistosas pantomimas que con gran regocijo de sus espectadores se representaban, á la par de los juegos, en las fiestas religiosas, allí tan abundantes, siendo entre ellos el más divertido, de agilidad y exposición, el llamado del volador, que hacían en honor de Xiuhcutli ó dios del fuego, cuya mejor descripción debemos á Boturini, inédita hasta que el Sr. Chavero la publicó en su primer tomo de *México á través de los siglos* (1) y en la que se da cierto simbolismo cíclico-religioso á su ejecución, sin faltar otros ejercicios gimnásticos, como el de la tranca y los zancos.

Pero no se limitaban al canto y baile las manifestaciones del estro mexicano; el conceptismo de las sentencias y los chistes esmaltaban su conversación, llegando al más abundante formulismo y á las obligadas recitaciones, que se repetían en todos los casos solemnes.

No tenemos que insistir en que recitaban de memoria oraciones á sus dioses y que tenían discursos y formularios para muchos de sus actos públicos. Las imprecaciones al dios Tezcatlipoca, antes de comenzar las batallas, nos constan por Sahagun á este tenor: «.....Oh señor humildísimo, señor de las batallas, emperador de todos, cuyo nombre es *Tezcatlipoca*, invisible é impalpable; suplicoos que á aquel ó aquellos que permitiéredes morir en esta guerra, sean recibidos en la casa del sol en el cielo, con amor y honra, y sean colocados entre los valientes y famosos que han muerto en la guerra.....»

El mismo autor trae muchos de los razonamientos por ellos hechos, como, por ejemplo, el de los padres al entregar sus hijos á los sacerdotes del Calmecac para su educación. Todo el libro VI de su inapreciable *Historia*, que titula: «De las oraciones con que oraban á sus dioses y de la Retórica y Filosofía moral y Teología», se puede considerar como un completísimo tratado de retórica azteca, dándonos, además, cuenta de otros razonamientos tan curiosos como el que «uno de los mercaderes viejos hacia al que estaba de partida, para ir á

(1) V. pág. 795.

mercadear á provincias longinuas ó extrañas cuando era primera vez» (1) y «otro que los mismos decían á los que otras veces habían ido á mercadear lejos», sin olvidar en el capítulo 41 del libro 6.º muchos de aquellos adagios y frases de frecuente uso por la gente mexicana.

Pero dejando el Anahuac y bajando á las regiones centrales, encontramos allí las muestras más elevadas de aquel exuberante espíritu poético. Los mayas, que tan adelantados se nos presentan en todos las artes, no podían por menos de proporcionarnos monumentos valiosísimos literarios, y en sus más principales debemos fijarnos un instante.

Ocupan preferente lugar entre ellos los repetidos ejemplares de los que se han llamado libros del Chilan Balam, ó de la ciencia de los sacerdotes (*chilan*, interpretación, bocalización; *balam*, tigre, nombre de una clase de sacerdotes de los espíritus protectores, en una palabra; expresión del oráculo).

De estos libros hubo numerosos ejemplares, aun después de la conquista española, trascriptos ya en caracteres latinos, y conservados á gran recaudo por los indígenas hasta principios de este siglo, distinguiéndose unos de otros por el nombre del pueblo en que se conservaban, de los que Brinton cita hasta 16, como el libro del Chilan Balam de Nabula, de Chumayel, de Kana, de Mani, de Oxkatzcab, de Ixil y otros. Cada uno de ellos se puede considerar como un tesoro histórico del pasado de estas ciudades.

Las crónicas mayas publicadas por Brinton formando el primer tomo de su *Library of aboriginal American Literature* fueron extraídas de estos curiosísimos tratados, constituyendo primitivos anales que alcanzan en su pasado hasta el siglo III de nuestra Era. Tanto en esto como en su parte profética astrológica se notan ciertas afirmaciones que pudieran relacionarlos con aquel primitivo gran libro de los toltecas, el Teoamastli al principio citado.

Los libros Chilan Balam son preciosísimos bajo todos con-

(1) Libro IV, pág. 17.

ceptos; urge una colección y traducción completa de ellos, de la que debemos de esperar las soluciones más provechosas sobre la historia de sus redactores. Ilustrados con curiosos signos y hasta con retratos, quizás nos proporcionen algún día la luz deseada para la interpretación de los catunes mayas, aún tan indescifrados (1).

Acerca del alto nivel alcanzado por la cultura maya no tenemos que insistir. Ninguno de los otros pueblos la elevaron tanto, apareciendo según distintos testimonios muy cultivada hasta la geografía y corografía, habiendo llegado á nosotros los nombres de Natzin Yabán, Nahau-Pech y Ah-kukil-Chel, como de profundos sabios entre ellos.

Aunque las citas de sus poemas son frecuentes, no poseemos lastimosamente originales; mas no podían faltar entre ellos himnos y cantos religiosos, como lo atestiguan las mismas pinturas de sus templos que nos los presentan cantando y tañendo diversos instrumentos, y de sus bailes y farsas al son del *tunkul*, que así llamaban ellos al *teponastli*, nos dan razón clara el P. Landa y Cogolludo.

De sus vecinos los Cakchiquel, contamos con el *Tepan Atilan*, ó memorial histórico de esta tribu (2); pero en la contigua región de los quichés, en Guatemala, es donde se han hallado los modelos de literatura indígena más dignos de especial estudio.

Los ejemplares que disfrutamos de la literatura quiché son valiosísimos.

En la parte histórica y científica tenemos el denominado

(1) Al final del trabajo de Brinton se dice haber sido extractadas algunas recetas de estos libros en un volumen, con el título de *El libro del Judío*, añadiendo que ningún arqueólogo ha podido descubrir quién fuera este Médico Judío: á nuestro entender mal pudiera descubrirse, porque creemos ser tal epígrafe una mala manera de escribir la palabra Indio, poniendo en su lugar Judío, cosa facilísima en el copista. El título que se quiso poner al volumen debió ser, pues, *Libro del Indio*.

(2) Vol. VI de la *Library of aboriginal American Literature*, por Brinton.

Popol-Vuch ó libro nacional de los quichés, como algunos quieren, especie de Chilán Balam de los de Guatemala, transcrito en caracteres latinos á principios del siglo XVI por algún aplicado indio amante de sus tradiciones «después de haber sido promulgada la palabra de Dios y dentro del Cristianismo,» como explícitamente manifiesta.

Encontrados en el pueblo de Santo Tomás de Chichicastessango fueron traducidos primeramente con relativa exactitud por el P. Francisco Ximénez, á principios del pasado siglo (1): más tarde, en 1861, el abate Brasseur de Bourbou los vertió, á su modo, al francés, asegurando ser sus dos primeros libros una traducción literal del Teomoxtlí de los Toltecas. De las cuatro partes que contiene, las dos primeras se refieren á las ciencias poseídas por los sabios quichés, y las dos últimas á las tradiciones y anales de aquellas gentes hasta la conquista por los españoles.

Muy preferidos por los quichés de Oxtum fueron los *sustotes* ó bailes con cierta acción dialogada, de los que nos da especial cuenta Fuentes y Guzmán en su *Recordación Florida* (2), pero la valiosa colección literaria quiché adquiere toda su importancia con el ejemplar tan completo del género dramático titulado el *Rabinal Achi*. Nuestro célebre y tan citado abate lo dió á conocer primeramente, pero revistiendo su descubrimiento de tales formas novelescas que perjudicó al crédito de tan peregrina obra, callando por su parte lo que debía haber comenzado por manifestar, cual era, que existía un manuscrito original del drama, en poder del propio dueño, que después lo ha mostrado á cuantos han tenido interés en su estudio.

(1) Así determiné transuntar de *verbo ad verbum*, dice el P. Ximénez, todas las historias como las traduje en nuestra lengua castellana, de la lengua quiché, en que las hallé escritas desde el tiempo de la conquista, que entonces, como dicen, las redujeron de su modo de escribir al nuestro, pero fué con tanto sigilo, y se conservó entre ellos con tanto secreto, que ni memoria se hacía entre los recónditos antiguos de tal cosa.

(2) V. pág. 40-41.

Sin fiarnos tampoco de la traducción francesa, diremos que el desarrollo de su acción ostenta las formas genuinas teatrales, siendo perfectamente representable. El Príncipe Rabinal Achi trae ante el Rey Hobtop al cautivo Canek, con sus doce guardias, los seis águilas y los seis tigres: vencido en la pelea no lo ha sido, sin embargo, en su orgullo, por lo que dirige á Rabinal, y al Rey después, altaneras frases preguntándoles si desean su humillación ante ellos. A poco si cuesta caro al Monarca su respuesta afirmativa, pues á no sujetar los presentes al fiero vencido, diera éste tremendo golpe con su maza sobre la real cabeza del que en otro tiempo había sido su prisionero.

¡Oh rey Hobtop, dice el ahora cautivo; es cierto que fui cruel contigo; la envidia roía mi corazón; pero antes de morir concédeme gozar de tu munificencia! Otórgale el Rey esta gracia, y no se queda corto por cierto en sus peticiones; primeramente quiere beber en la real copa y comer en el real plato; luego vestir el manto real; luego dar un beso en la boca virgen á la hija del rey y, por último, un año de vida para marchar á sus montañas y despedirse de los suyos: menos esto último, por razones fáciles de comprender, todo lo demás se le concede. Canek, sin embargo, aún parece intentar huir, pero volviendo á la escena y despidiéndose de su arco, de su escudo, de su maza de guerra y de su hacha de armas, entregóse, siempre altanero, á los verdugos de Hobtop, que le dan muerte.

El drama, aunque perfectamente representable, más que tal es una serie de escenas entre guerreros, cuyo interés estriva en la figura del cacique vencido. No deja de haber en éste cierta grandeza; pero lo que más se la da es, sin duda, su genuino carácter indio; la valentía en las frases, la brillantez de las comparaciones y cierta bella plasticidad escénica le prestan no escaso valor literario; pero aún encontraremos producciones dramáticas más completas.

En la vecina región de Nicaragua, desarróllase también una literatura de la que contamos con peregrinas maestras; la lírica y el teatro en Nicaragua nos proporciona la divertida

comedia con baile del Güegüence ó del *viejo ratón* (1), sin duda derivación del género precolombino, chispeante y burlesco, en la que rebosa el humor y los conceptos que mueven á risa.

Este charlatán y picaresco personaje tiene dos hijos; el uno digna obra de su padre; el otro impertinente censor de las faltas domésticas. Desterrados de la provincia por el Gobernador, logran escapar al castigo, gracias á la astucia y charlatanería del viejo, seduciendo, además, el bástago genuino de su padre, á la hija del Gobernador.

Como se ve, el Güegüence es el personaje astuto y socarrón de la escena americana; algo de nuestro *Cristobita*, que aparecía, sin duda, entre los antiguos nicaragüenses, ejecutando siempre semejantes fechorías y diciendo chistes y desvergüenzas. Estas y otras composiciones literarias debieron ser las escritas en aquellos preciosos libros de piel de venado, de que nos habla Oviedo y otros.

De sus areitos y mitotes nos han dejado cumplida noticia varios autores: Fernández de Oviedo nos describe, como los más vistosos por sus adornos, tintes y máscaras, los hechos al final de la recolección del cacao, bailando en torno del mástil de los voladores (2), al igual que hemos visto en Méjico.

No faltan tampoco en el continente Sur manifestaciones del ingenio indiano, ni prácticas literarias, aunque en parecida forma á los que dejamos consignados. En Venezuela, según Fernández de Oviedo, se cantaban los *caquitios* á la muerte de algún señor ó cacique, llorándolo durante la vela estrepitosamente, y loando en aquel cantar cuanto bueno hizo en su vida (3). Los guerreros colombianos de Tauja, ó los panches, pasábanse una luna cantando al sol é implorando de él que les diera la victoria; pero donde vemos destellar de nuevo el genio poético de los antiguos americanos es en el poderoso imperio de los Incas, con más intensidad en algunos géneros de lo que hemos visto hasta ahora.

(1) Tomo III de la *Library of Aboriginal American Literature*, por D. G. Brinton.

(2) V. libro XLIII, cap. XI, de su *Historia General y Natural*.

(3) Fernández de Oviedo, libro XXV, cap. IX.

Sin faltarles tampoco los cantos religiosos, los mitotes y areitos, y las relaciones épico-histórico de sus más heroicos señores, al tenor de lo que venimos exponiendo, despiertan más singular interés por la aparición de un drama entre ellos, el mejor quizá representado por pueblos y que nos ofrece las formas más completas de este género.

La obra se titula *Ollanta*, nombre del protagonista, y su acción responde perfectamente al concepto que de una, dramática, podemos exigir.

El guerrero Ollanta, oficial de bajo grado en el ejército, procura enamorar y es correspondido por Cussi Coyller, hija del Inca.

Un fruto de amor resulta de sus secretas entrevistas, y Cussi, deseando reparar la falta, confíesala á su padre el Inca, pidiéndole la venia, para unirse á su amante en matrimonio. El orgulloso Rey rechaza á su hija y trata de castigar al seductor; pero reuniendo éste á sus amigos ataca al Rey, con alguna fortuna al principio. Cussi Coyller es reducida á prisión, separándola de su hijo, y las cosas marchan muy mal para los amantes cuando el Inca muere. El sucesor vence al sublevado Ollanta, que es traído cautivo á la ciudad; pero como el nuevo Inca no tenía rencor contra él ni su amada, le perdona por haber sido valiente, haciéndole además entrega de Cussi y del tierno niño. Un gracioso que constantemente está diciendo chistes, ameniza con ellos el desarrollo de la acción. Tal es el excelente drama, por el que los peruanos nos dejaron un ejemplar valioso, de sus poéticas disposiciones.

Ahora bien: examinando en conjunto la literatura propiamente dicha americana precolombina, podremos obtener algunas deducciones sobre sus caracteres y orígenes. Aunque bastante secundaria, por lo que de ella resta, debemos suponer que no pecó de pobre ni escasa; sus himnos y cantos religiosos no tienen nada que envidiar á los védicos y sanscritos, y su drama *Ollanta* es mejor, más humano y completo que todo lo conocido del género en el Asia, aunque participe de muchos de sus caracteres.

Es verdad que no encontramos aquellos inmensos poemas

narrativos de la India, ni aquella abundancia, más exuberante que excelente, de su producción literaria; pero téngase en cuenta que tales modelos quizá no habían sido redactados en la época de la emigración de los asiáticos á la América (1) y que la destrucción, sensiblemente innegable, de sus textos precolombinos, fué enorme á raíz de la conquista.

En aquellos poderosos reinos de Sian, Cambodje y otros orientales asiáticos, tenemos memorias fidedignas de que, hasta el siglo VII de nuestra Era, no obtuvieron ejemplares del Mahabharata y otros poemas de la India. Existe una inscripción, descubierta en los confines de los Laos, grabada para conmemorar la traída de la India y donación á un templo, por el Rey Somaçarman, de ejemplares del Ramayana, Puranas y Mahabharata, para que se leyeran al público (2); y las memorias de la influencia de la India entre sus vecinos los de Campa, no alcanzan más atrás del siglo III de J. C.

A esta época corresponde también el principio de la literatura entre los drávidas, al punto de verificarse poco más tarde la redacción entre ellos del *Çuilappadigaram* y el *Çuindamani* (3) y tantos otros cuentos que forman hoy su abundante imitación ariana, extendiéndose después por todo el extremo oriental la influencia más ó menos inmediata de la producción sanscrita, que entonces redactaba sus monumentales obras.

Entre ellas se incluyen sus composiciones para la escena, y digno de atención es que en el drama *Ollanta* aparezcan aplicados estrictamente los principios que rigen al teatro indio. Este drama, que por su argumento y desarrollo supera, por cierto, á los conocidos de la India, presenta como aquellos el necesario término feliz de la acción, tiene constante papel la figura del gracioso y ejerce el sacerdote en los personajes

(1) No debemos dejar de consignar nuestra creencia, de que conforme á los últimos estudios, y según frase del eminente indianólogo Mr. Senart, «ninguna obra de literatura sanscrita puede ser anterior al siglo III de nuestra Era.»

(2) V. *Journal Asiatique*, 1888, tomo II, pág. 69.

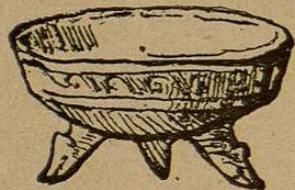
(3) V. *Reveu de Lingüistique*, 1889, pág. 1.<sup>a</sup>

grande influencia, como un recuerdo del indispensable brahman indio.

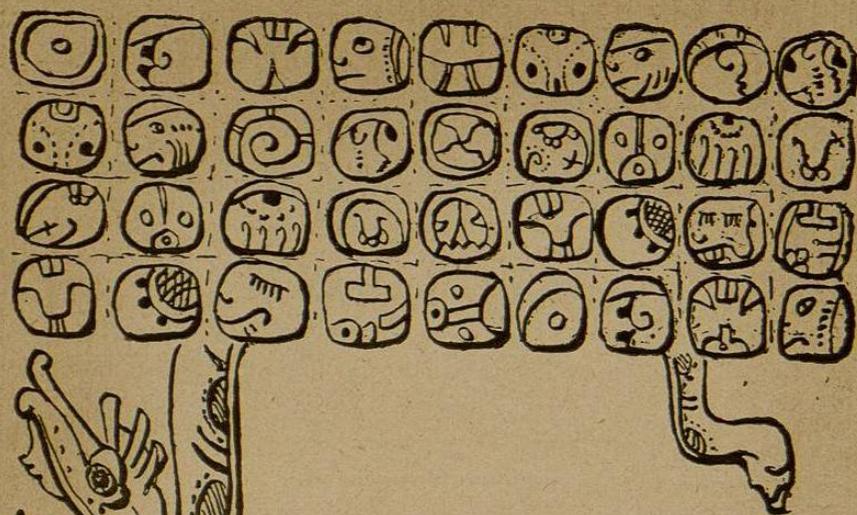
Obsérvase también entre algunos pueblos americanos el deseo de conservar á su modo sus memorias, el cuidado de sus anales y cronologias, más propio del espíritu búdhico que del brahmánico, empeñado éste siempre en dejar lo pasado envuelto en las vaguedades del tiempo indeterminado, ó en la insignificancia de lo terreno, comparado con lo infinito divino. A los Chilán Balam podemos llamar *las crónicas cingalesas*, ó del budhismo, en la antigua América.

Las crónicas budhistas cingalesas, ó de Ceilán, son el faro de la historia para el mundo oriental asiático; en Sian y Cambodge, á donde también se sobrepone el budhismo, hallamos igual tendencia, y en América, donde quiera que domine el espíritu de Quetzalcohalt, observaremos el mismo cuidado en coleccionar sus anales y no abandonar al olvido sus memorias.

Mucho esperamos también para la solución de estas cuestiones del desciframiento de los antiguos libros de los Lolos, recientemente descubiertos, aunque no leídos todavía, los que seguramente nos han de proporcionar soluciones importantísimas, sobre el estado del Oriente asiático en los primeros siglos de nuestra Era (1). Entretanto, sin avanzar más en la síntesis de la literatura americana precolombina, por falta aún de datos para ello, consignaremos, que del interés que despierta su estudio, podrá esperarse la solución de su enlace con otras literaturas, como necesariamente ha de ocurrir, para que no quede rota por algún lado, la cadena de las manifestaciones del humano pensamiento.



(1) Véase *Journal Asiatique*, 1892, tomo I, pág. 250.



VI

### Epigrafía y paleografía.



AS entrando en el estudio de la técnica lograda por aquellos hombres, corresponde examinar sus antigüedades, ya se refieran á los productos cuyo destino es la satisfacción de las necesidades de la vida, ya pertenezcan á un orden más desinteresado de ideas, elevándose hasta las regiones estéticas.

De las primeras que debemos tratar, como lazo de unión con su pensamiento, es de aquellas por las que pretendieron perpetuarlo, valiéndose de medios gráficos que suplieran con la fijeza de sus trazos la momentaneidad de la palabra hablada.

No pudo alcanzar ésta tan exacta transcripción entre ellos como entre nosotros, pero el pensamiento, de que es signo, obtuvo por los antiguos americanos expresión más ó menos vaga, llegando, en sus últimos tiempos, á cierto grado de fonetismo.